

A B C EN LONDRES

STALIN PROPUSO EN POSTDAM DERRIBAR EL REGIMEN DE FRANCO

Churchill se opuso, según revelan documentos británicos considerados secretos hasta ahora

Londres, 17. (De nuestro corresponsal.) Los documentos secretos británicos relativos a la Conferencia de Potsdam están, desde ahora, a la disposición del público. Entre la historia que aflora hoy, al cabo de treinta años, conservada en los archivos oficiales, de acuerdo con las leyes del Reino, destaca la ofensiva de Stalin para derribar al régimen español.

Los documentos demuestran que la disyuntiva «Franco o el comunismo», vigente en aquellos tiempos de la posguerra, no era una creación febril de los «inmovilistas» de la época, acurrucados en el poder.

Las embestidas stalinistas en Potsdam fueron acogidas con «cautelosa simpatía» por Truman y rechazadas enérgicamente por Churchill. Cuando el «premier» conservador perdió las elecciones y dejó el puesto a Clement Atelee, el secretario del Foreign Office, el socialista Ernest Bevin condenó, con parecida determinación, las pretensiones soviéticas.

La «operación derribo» fue planteada en la tercera sesión plenaria de la conferencia de Potsdam por el «padrecito Joe», que es el título afectuoso que los norteamericanos dedicaban al dictador marxista. Exactamente, el 19 de julio revelaron los rusos sus propósitos. Estribillo: «El régimen de Franco es un peligro grave para las naciones amantes de la libertad en Europa y América.» La U. R. S. S. se incluía en ese club de países.

La dinámica de la ofensiva stalinista sería iniciada con el aislamiento diplomático de España. Las potencias habrían de comprometerse a ayudar a las «fuerzas democráticas» para establecer el régimen que deseara el pueblo español.

CHURCHILL CONOCIA «EL ORGULLO ESPAÑOL»

Según las minutas oficiales de Postdam, Churchill advirtió que no era precisamente un enamorado del régimen español. Adelantaría, sin embargo, que no veía posible el rompimiento de las relaciones diplomáticas acordado por la O. N. U. A su juicio, una medida de ese tipo agruparía a «los orgullosos españoles» en torno a Francisco Franco. No apoyaba, en todo caso, la injerencia en los asuntos internos de otros países.

Truman ofreció el reconocimiento de otro régimen, siempre que los españoles fueran los encargados de establecerlo. Stalin empezó a impacientarse y preguntó si no sería posible adoptar medidas determinadas. Truman agregó que no era ése su propósito. Stalin propuso, a continuación, una condena más suave y el norteamericano aprobó esa línea.

Quien frenó el «fervor democratizador» del autócrata de Rusia y la visión simplista de Truman fue Winston Churchill. Por cuestión de principio se opuso a intervenir en los asuntos de otros países. El dictador marxista no renunció a su propósito y destacó el «carácter internacional» del peligro español.

El «premier» replicó que ese criterio podría ser aplicado a cualquier país. Churchill zanjó la polémica con esta intervención: «No estoy dispuesto a proponer en la Cámara de los Comunes que el Gobierno de Su Majestad respalde la acción propuesta.»

Mientras Stalin era zarandeado por aquella fiebre democrática, la delegación británica en Potsdam recibía informes del asesinato por los comunistas de 40.000 a 50.000 búlgaros. A pesar de la matanza, Bulgaria ingresaría en la O. N. U., mien-

tras a España le cerraban las puertas de la organización internacional.

Diplomáticos occidentales deseaban todavía aplacar a sus hermanos de armas, los rusos, que habían luchado con tanto denuedo por el triunfo de la democracia, redactaron el borrador de la condena contra España. El 28 de julio, una de esas propuestas fue sometida al Gobierno británico.

Bevin adelantó esta histórica aclaración: «Hemos de ser sinceros con el pueblo británico. No encubriremos tras esa palabrería los efectos reales de lo que se pretende.» Stalin admitió el fracaso de sus planes y renunció a formar el frente aliado para liquidar al régimen español.

Mientras esto ocurría en Potsdam, Madrid advertía que Stalin alentaba el propósito de sustituir al régimen vigente por el régimen comunista. Churchill y Bevin lo comprendieron así y los documentos oficiales de la Delegación británica lo certifican.—Alfonso BARRA.